

COMUNISMO

Frente a esta doctrina y estos hechos (1) que demuestran una voluntad nunca desmentida en favor de la concordia universal, basada en leyes superiores de amor y obediencia; como que tiende a instaurar el orden establecido por Dios y por el cual se llega a la armonía de los espíritus, se levanta una fuerza formidable con no escasa inteligencia que pretende envolver al mundo con su bandera sangrienta: el comunismo.

No me interesan en este estudio, como no sea de paso, sus doctrinas económicas, ni en verdad me preocupan tanto como a los burgueses que ven en el fantasma comunista nada más que un salteador de caminos que pretende arrancarles su bolsa.

Lo verdaderamente peligroso y terrible del comunismo es el materialismo que lo informa y su demoníaco ateísmo que pretende implantarlo en el mundo (2). Ambos caracteres sur-

(1) Este estudio corresponde a un párrafo del capítulo segundo de la segunda edición de nuestra obra "La Internacional Católica", en preparación. En ella exponíamos (1938) la tesis de que la única fuerza capaz de enfrentar al comunismo es el cristianismo y la conveniencia de que los pueblos cristianos se apoyen mutuamente para defenderse del peligro que aquél significa. La doctrina es la del cristianismo y los hechos los de la Iglesia y los cristianos en pro de la concordia universal.

(2) Escrito este estudio se ha publicado la condenación categórica del comunismo por la Iglesia, en razón de su carácter materialista y anticristiano. El texto del decreto del Santo Oficio es el siguiente:

"La Suprema y Sagrada Congregación del Santo Oficio decreta: Se ha preguntado a esta Suprema y Sagrada Congregación del Santo Oficio:

1) Si es legítimo afiliarse al Partido Comunista o prestarle apoyo; 2) Si es legítimo publicar, leer o diseminar libros, diarios, periódicos o panfletos en apoyo de la doctrina comunista y trabajar o publicar en ellos cualesquiera artículos; 3) Si los católicos que, a sabiendas o libremente, incurren en las acciones especificadas en los párrafos 1) y 2) pueden recibir los sacramentos; 4) Si los católicos que profesan y espe-

gen meridianamente de la exposición de la doctrina por los mismos fautores del comunismo, por lo que procuraremos en primer término explicarlo con la opinión de sus principales teóricos y realizadores, para luego recurrir a los que en el campo opuesto han estudiado con serenidad ese importante fenómeno social.

Lenín (Obras Escogidas, t. 1, p. 6) lo afirma de manera rotunda: "La filosofía del marxismo es el materialismo. A lo largo de toda la historia moderna de Europa y especialmente a fines del siglo XVIII, en Francia, donde se libró la batalla decisiva contra la morralla medieval, contra la servidumbre en las instituciones y en las ideas, el materialismo se acreditó como la única filosofía consecuente, fiel a todas las teorías de las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la beatería..." y sostiene que tanto Marx como Engels defendieron el materialismo filosófico.

No es menos terminante Stalin en un estudio publicado.

cialmente aquellos que defienden y propagan la doctrina materialista y anticristiana de los comunistas incurren, "ipso facto", como apóstatas de la fe católica, en la excomunión reservada especialmente a la Santa Sede.

Los eminentísimos y reverendísimos padres, encargados de la defensa de los asuntos relativos a la fe y la moral, después de oír previamente el voto de los consultores, y en una sesión plenaria celebrada el martes vigésimo octavo día de junio de 1949, resolvieron que las preguntas antes mencionadas deben ser respondidas como sigue:

A la 1), negativamente, puesto que el comunismo es materialista y anticristiano. Además, los dirigentes comunistas, aunque afirman a veces verbalmente que no son contrarios a la religión, se muestran, sin embargo, tanto en la doctrina como en la acción, en realidad como enemigos de Dios, de la verdadera religión y de la Iglesia de Cristo. A la 2), negativamente, considerando que ello está prohibido por la ley misma (CF. Can. 1399 C. J. C.). A la 3), negativamente, de acuerdo con los principios comunes que determinan que los sacramentos sean negados a aquellos que no reúnan los requisitos adecuados. A la 4), afirmativamente.

"Y, el jueves siguiente, el trigésimo día del mismo mes y año, su santidad, el Papa Pío XII, al ser informado de la decisión en la audiencia usual concedida a su excelencia el reverendísimo asesor del Santo Oficio, aprobó la decisión de los eminentísimos cardenales que le había sido presentada y ordenó que ella fuera promulgada en el "Acta Apostolicae Sedis". (Anales de la Sede Apostólica), que es el boletín oficial del Santo Oficio.

Roma, 1º de julio de 1949. (Firmado): Pietro Vigorita, notario de la Suprema y Sagrada Congregación del Santo Oficio".

en setiembre de 1938 sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico (Cuestiones del leninismo, p. 745): “El materialismo dialéctico es la concepción filosófica del Partido marxista-leninista. Llámase materialismo dialéctico, porque su modo de abordar los fenómenos de la naturaleza, su método de estudiar estos fenómenos y de concebirlos, es *dialéctico*, y su interpretación de los fenómenos de la naturaleza, su modo de enfocarlos, su teoría, *materialista*”.

Sus ideas antirreligiosas son igualmente explícitas. En “Proletarios” escribía Lenin el 13 de mayo de 1909: “Nosotros debemos combatir a la religión; éste es el A B C de todo materialismo y, por ende, del marxismo”. “El marxismo considera siempre como órganos de la reacción burguesa las religiones, las iglesias modernas y las organizaciones religiosas de toda especie”. Stalin escribía el 17 de noviembre de 1934 en “Bezbojnik”: “La propaganda antirreligiosa es una parte esencial de la lucha de clases, particularmente importante en la realización del segundo plan quinquenal”. Y en el “Pravda” del 21 de junio de 1935: “Ninguna neutralidad respecto a la religión, contra los propagadores de las absurdidades religiosas, contra los eclesiásticos que envenenan todavía a las masas trabajadoras, el partido comunista no puede hacer otra cosa sino continuar la guerra”. Kalinine en “Izvestia” era igualmente terminante (19/6/1929): “La lucha contra la religión es un medio necesario y eficaz para abrir el camino al comunismo”.

Y éstas no son opiniones personales, pues respondían a un plan de acción perfectamente organizado. En el XII Congreso del partido comunista realizado en 1923 se decretaba una acción sistemática contra la religión “para evitar que los prejuicios religiosos ya sacudidos y con fallas, puedan perdurar todavía”. Se creó la Unión de los sin Dios, bajo la dirección de Yaraslasky y de Krassikov que en el párrafo 1º de sus estatutos establece: “Unir las masas de la U. R. S. S. para una lucha sistemática y continua contra todas las religiones, que son un obstáculo para la construcción del socialismo y para la cultura revolucionaria”. Se publicaron dos órganos anti-

rreligiosos, el "Bezbojnik" (el sin Dios) y el "Bezbojnik on Stanka" (el sin Dios en el taller). En 1930 se creó la Unión Atea Internacional cuyo fin es la difusión del ateísmo en el mundo.

De acuerdo al concepto de Lenin de que el partido bolchevique pide no la libertad, sino la supresión de todos los cultos, pues ellos acarrearán perjuicios a la colectividad, se cumplió una enérgica campaña de persecución religiosa. Actualmente hay en el Soviet dos iglesias católicas, una en Moscú dependiente de la embajada francesa y otra en Leningrado, cuando en la época de la revolución había, según Alvarez, 614 iglesias católicas, 581 capillas, 810 sacerdotes y alrededor de dos millones de adeptos católicos. No fué mejor la suerte que corrió el culto ortodoxo. De 43.000 parroquias en 1917, poseía en 1945 sólo 200 iglesias abiertas al culto. La primera preocupación de los comunistas cuando conquistan un país es la de perseguir a muerte la religión. En la pastoral de los obispos de Yugoslavia del 20 de setiembre de 1945, afirman que en esa nación el gobierno comunista ejecutó a 243 sacerdotes católicos, encarceló a 169 e hizo desaparecer a 89; además se cuentan 19 teólogos, 3 hermanos religiosos y 4 religiosas muertas. No se les concedió el consuelo de los últimos sacramentos y a la mayoría no se le dió derecho de defensa. Son bien conocidas la inícuca ejecución de Mons. Stepinac en esa nación, la injusta condena del cardenal Mindszenty en Hungría y de 12 pastores protestantes en Bulgaria. Esto sin contar la supresión de toda prensa católica, clausura de sus imprentas, ocupación de los seminarios, supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas secundarias y permiso de enseñarla durante una hora semanal como asignatura libre en las escuelas primarias, confiscación de las propiedades de la Iglesia.

En 1943 se inicia un aparente cambio con respecto a la posición religiosa al elegirse el 8 de setiembre a Sergio Starogrodsky patriarca de Rusia, creándose un Consejo para los asuntos de la Iglesia Ortodoxa, se devuelve a la Iglesia Ortodoxa los edificios religiosos, se autoriza la enseñanza reli-

giosa pública a los mayores de 18 años y se frenó la actividad de los sin Dios. Se estableció, al decir de Ruiz Izquierdo, un Instituto Teológico en Moscú y Escuelas Teológicas secundarias. Bien pronto se comprueba, sobre todo al elegirse al patriarca Alejo en 1945 en reemplazo de Sergio que había fallecido, que se trata de un cambio de táctica a fin de controlar, también, la actividad religiosa. El 26 de abril se reúne en Munich un concilio de 26 obispos ortodoxos de rito griego adherido a la Iglesia ortodoxa rusa, en el que se respalda la valiente actitud del metropolitano Anastasio, contra las condescendencias del patriarca Alejo, se lo acusa de falsificar la verdadera situación de la Iglesia ortodoxa rusa y se pide que antes de hablar de libertad religiosa se abran las cárceles a los sacerdotes presos. Con razón intuía genialmente Dostoiewski en "Los hermanos Karamazov" que "el socialismo no es solamente la cuestión obrera, la del llamado cuarto estado, sino también, y ante todo, la cuestión del ateísmo, de su encarnación contemporánea".

Desde el ángulo católico la doctrina comunista ha sido explicada con penetración y comprendida por un núcleo selecto. No ocurre así con la gran masa católica o simplemente cristiana que no ve en el comunismo su raíz realmente ponzoñosa.

En la encíclica *Divini Redemptoris* define sabiamente Pío XI qué es el comunismo: "En sustancia, la doctrina que el comunismo oculta bajo apariencias a veces tan seductoras, se funda hoy sobre los principios del materialismo dialéctico e histórico proclamados antes por Marx, y cuya única genuina interpretación pretenden poseer los teorizantes del bolchevismo. Esta doctrina enseña que no existe más que una sola realidad, la materia con sus fuerzas ciegas, la cual por evolución, llega a ser planta, animal, hombre. La misma sociedad humana evoluciona del modo dicho, y que por ineludible necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. Es evidente que en semejante doctrina no hay lugar para la idea de Dios, no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre cuerpo y alma; ni sobrevive

el alma a la muerte, ni por consiguiente puede haber esperanza alguna en una vida futura.”

Ducatillon percibe muy bien el problema cuando afirma que es ante todo y sobre todo en la inteligencia, en las almas, donde se plantea el problema del comunismo, pues es ante todo un problema de verdad. El comunismo pretende ser una doctrina total que aporta una respuesta a todos los grandes problemas del hombre y de la vida y es, en esencia, un materialismo dialéctico, vale decir que se apoya en el principio de contradicción, al contrario de la lógica tradicional que se apoya en el principio de identidad. Marx tomó el método dialéctico de Hegel, aunque más tarde rechazara su idealismo filosófico. La lógica de la identidad parte del principio que la contradicción repugna al ser, el ser es lo que es, no puede ser y no ser a la vez, es idéntico a sí mismo, repugna al no ser, su contrario; la lógica de Hegel admite que la contradicción lejos de repugnar al pensamiento, le es esencial; la idea de ser, por ejemplo, contiene intrínsecamente su contraria, la idea de no ser. La originalidad de Marx consistió en trasplantar el proceso dialéctico del pensamiento a lo real, invirtiéndolo; las ideas no son sino las cosas transportadas y traducidas en la cabeza de los hombres. “El idealismo —dice Ducatillon— absorbió la materia en el espíritu, el materialismo absorbe el espíritu en la materia. El pensamiento cristiano salva al espíritu y a la materia, dándoles jerarquía, conservándoles en su justa relación recíproca, pero esto no puede ser sino por la subordinación de la materia al espíritu, puesto que la primacía pertenecerá incontestablemente a este último”. La crítica de la religión —considerando otro aspecto del comunismo— forma parte integral de la doctrina comunista. Marx en su libro “Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel” la confunde con el idealismo filosófico, la considera una de las formas características, sino la principal, de la opresión social. Aunque hubiera preferido mantenerse en el plano puramente doctrinal, continúa Ducatillon, no puede dejar de señalar, pues el árbol se conoce por sus frutos, el hecho de la ensañada per-

secución religiosa en Rusia por el comunismo, la destrucción de iglesias, encarcelamiento y masacre de fieles sacerdotes y obispos, horrores que se reprodujeron en España.

Se opina, sostiene Franceschi, que el comunismo es ante todo económico, cuando en realidad es filosófico y social, con una base religiosa; rechaza la ingenua creencia que el comunismo y el nacionalsocialismo sean sustancialmente opuestos cuando sus principios esenciales son estrictamente idénticos y están separados nada más que por modalidades secundarias que brotan de las diferencias que existen entre la mentalidad eslava y la germana; el error fundamental, irremediable del comunismo está en haberse atado a la materia, centrandose sobre ella la vida individual y colectiva; es un panteísmo sin Dios, el hombre se sumerge en la humanidad, en la sociedad; la sustancia del comunismo es materialista y, por lo tanto, opuesta diametralmente a cualquiera concepción social que sea no ya cristiana sino sencillamente espiritualista.

Messineo señala que la característica esencial del comunismo es su ateísmo militante, lanzado con ímpetu diabólico contra todas las religiones, contra toda cosa sagrada, contra la misma idea de Dios, a la cual quieren extirpar radicalmente de la conciencia individual y de la vida social; por eso en la idea cristiana ha individualizado el comunismo el obstáculo más poderoso para la actuación de sus fines revolucionarios.

De Reynold ve en el bolchevismo la obra de Satanás. a quien Dios ha concedido a Rusia (¿nada más que a Rusia?) como campo de experimentación. Y es preciso que de una vez por todas muestre Satanás de lo que es capaz, cuando se le entrega toda una sociedad para organizar. Y aquí es el caso de recordar con Lallement que jamás la teología católica ha representado a Satanás como un bribón vulgar; es “un señor muy bien”.

En la pastoral de Cuaresma de 1946 el Episcopado polaco pintaba el carácter del comunismo: “La filosofía materialista compete con el cristianismo y se esfuerza por convertirse en la única educadora de las generaciones futuras. Su solo ideal es

aumentar desafortunadamente la riqueza material. La civilización materialista se levanta sin la inspiración de la religión ni de la ley moral. El materialismo niega la existencia de Dios, ha rechazado el concepto de la inmortalidad del alma y del orden sobrenatural. No cree en un fin eterno, desprecia la religión y se opone acerbamente a la Iglesia católica. Sobre el mundo entero se avalanza el diluvio de la revolución materialista. En noviembre de 1946 el Episcopado norteamericano recordaba que “la estela que dejó la guerra ha descubierto que el totalitarismo soviético ahora victorioso, agrade con no menor violencia las mismas libertades en los países que ha ocupado”. Y el cardenal Spellman señalaba que la penetración comunista en los Estados Unidos ataca la libertad y viola con furia satánica la libertad religiosa, política y educativa.

El comunismo comprende, por su parte, que la Iglesia católica es el único obstáculo serio que se opone a su dominación internacional. Usa contra ella el ataque directo y feroz, la calumnia solapada, la hábil insinuación y pretende incluso, valiéndose de todos los medios, sembrar la división entre los mismos católicos. El patriarca de Moscú, Alejo, dócil instrumento del comunismo, dirigía a principios de 1945 una carta a los pastores y fieles de la Iglesia Católica Ortodoxa de Ucrania incitándolos a romper los vínculos que los unen al Vaticano. “Quebrantad —dice— rasgad los vínculos que os atan al Vaticano, que con sus tácticas acostumbradas os ha sumido en la oscuridad y en la rutina espiritual, y que en estos instantes quiere que volváis las espaldas al mundo entero y os enfrentéis contra quienes aman la libertad”. El periódico soviético “Izvestia” a raíz de la designación de 32 cardenales por el Papa Pío XII, en diciembre de 1945, señaló “la expansión de la política reaccionaria del Vaticano” y acusaba al propio papa y a muchos de los cardenales electos, como fascistas. El periodista soviético Gofman llama a Pío XII “predicador de una paz suave”. El ex embajador Bosir Stein en una conferencia pronunciada en Moscú sostenía que el Vaticano “con su poderosa organización internacional, enorme fortuna y astuta

diplomacia, es un peligro considerable para la paz del mundo y la seguridad de la postguerra”.

El enfrentamiento de la Iglesia con el comunismo se ha producido de manera categórica a raíz del encarcelamiento de Mons. Berán, arzobispo de Praga, y que colmó la copa de los agravios que había sufrido aquélla. En esas circunstancias se publicó la condenación del Santo Oficio a que nos referimos en nota y que exasperó a las autoridades checoslovacas. El ministro de justicia de esa nación, Alexei Cepicka expresaba en un discurso: “A nadie quepa la menor duda de que todo aquel que de alguna manera intente realizar esa directiva del Vaticano perpetra un acto de traición. Todos los actos que violan las leyes vigentes serán castigados como tales. Quienquiera que intente llevar a la práctica en nuestro territorio la orden del principal enemigo de nuestro Estado (el Papa), puede contar por seguro que se despoja automáticamente de todo derecho a que se le considere checoslovaco”.

De esta lucha saldrá triunfante, a pesar de todas las vicisitudes, una vez más la Iglesia, como lo prueba la historia de todos los pueblos.

PABLO A. RAMELLA

